

4º DOMINGO de cuaresma / B

La liturgia del 4º Domingo de Cuaresma, nos garantiza que Dios nos ofrece, de forma totalmente gratuita e incondicional, la vida eterna.

La primera lectura nos dice que, cuando el hombre prescinde de Dios y escoge caminos de egoísmo y de autosuficiencia, está construyendo un futuro marcado por horizontes de dolor y de muerte. Mientras, el autor del Libro de las Crónicas, habla de que Dios da siempre a su Pueblo una nueva posibilidad de volver a comenzar, de rehacer el camino de la esperanza y de la vida nueva.

La segunda lectura enseña que Dios ama al hombre con un amor total, incondicional, desmedido; ese amor es el que levanta al hombre de su condición de finitud y debilidad y que le ofrece un mundo nuevo de vida plena y de felicidad sin fin que está en el horizonte final de nuestra existencia.

En el Evangelio, Juan nos recuerda que Dios nos amó de tal forma, que envió a su Hijo único a nuestro encuentro para ofrecernos la vida eterna. Estamos invitados a mirar a Jesús, a aprender con él la lección del amor total, a recorrer con él el camino de la entrega y de la donación de la vida. Ese es el camino de la salvación, de la vida, plena y definitiva.

1. Primera lectura: Lectura del segundo Libro de las Crónicas 36, 14-16. 19-23

En aquellos días, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según las costumbres abominables de los gentiles, y mancharon la Casa del Señor, que él se había construido en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su Morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo a tal punto, que ya no hubo remedio. Incendiaron la Casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén; pegaron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos. Y a los que escaparon de la espada los llevaron cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos hasta la llegada del reino de los persas; para que se cumpliera lo que dijo Dios por boca del Profeta Jeremías: «Hasta que el país haya pagado sus sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años». En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la Palabra del Señor, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: «Así habla Ciro, rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. El me ha encargado que le edifique una Casa en Jerusalén, en Judá. Quién de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él y suba!»

1.1 Ambientación

El Libro de las Crónicas es una obra de un autor anónimo, que pretende presentar la historia de Israel, desde la creación del mundo hasta la época del Exilio. La tradición judía atribuye la obra a Esdras; pero tal hipótesis no es probable. El libro forma parte de un bloque con alguna unidad (en conjunto con los libros de Esdras y de Neemías) que se suele designar como “Obra del Cronista”.

Los investigadores y comentaristas del Libro de las Crónicas proponen varias hipótesis para la datación de la obra (las diversas propuestas apuntan hacia fechas entre el 515 y el 250 antes de Cristo). Recientemente, algunos autores hablan de un proceso en varias etapas. Alrededor del 515 podría haber aparecido una primera edición de la obra, con la finalidad de legitimar el culto del “segundo Templo” (esto es, del Templo reconstruido por los judíos que regresaron del Exilio de Babilonia); entre el 400 y el 375 podría haber aparecido una segunda edición, destinada a subrayar la autoridad de Esdras como legislador e intérprete de la Torah; entre el 350 y el 300, podría haber aparecido una tercera edición, destinada a animar, fortalecer y consolidar la comunidad judía frente a la hostilidad de los vecinos, particularmente de los samaritanos.

El texto que se nos propone aparece en la parte final del segundo volumen del Libro de las Crónicas. En este texto, el Cronista refiere dos hechos históricos separados por casi 50 años: la caída de Jerusalén en las manos de Nabucodonosor (586 antes de Cristo) y la autorización dada por el rey persa Ciro para el regreso de los exiliados a Jerusalén, tras la caída de Babilonia (538 antes de Cristo). En medio, el Pueblo de Dios conoció la dramática experiencia del Exilio de Babilonia.

Con todo, el autor está mucho más interesado en darnos una interpretación teológica de los hechos, que de ofrecernos una descripción pormenorizada de los acontecimientos históricos. No es un historiador o un analista político, sino un creyente preocupado por leer la historia a la luz de la fe y en sacar las conclusiones que se imponen.

1.2 Mensaje

La destrucción de Jerusalén, el incendio del Templo y la deportación del Pueblo de Dios a Babilonia es vista por el Cronista como el resultado lógico de los pecados de la nación. “Los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades” (v. 14); ignoraron los avisos enviados por Dios por medio de los profetas y desdeñaron sus llamadas. Entonces, la ira del Señor se abatió sin remedio sobre su Pueblo (vv. 15-16). El mismo tiempo que el Exilio duró (y que el autor sitúa en un número no muy exacto pero simbólico de 70 años, esto es, de diez veces siete) es visto como un gran jubileo forzado por Dios, un tiempo de compensación por todos esos sábados (séptimo día) que el Pueblo no respetó y en los cuales no cumplió sus obligaciones para con Yahvé. La “tierra de Dios”, martirizada por la injusticia y por el pecado, debe descansar durante setenta años, hasta que sea renovada y vuelva a ser de nuevo la “casa” del Pueblo de Dios (v. 21).

Detrás de esta lectura histórica, hay una noción un tanto primitiva de la justicia de Dios: cuando el Pueblo vive en fidelidad a la Alianza y a los mandamientos, Dios le ofrece vida y felicidad; cuando el Pueblo es infiel a los compromisos asumidos, conoce la muerte y la desgracia.

De cualquier forma, el Cronista es consciente de que el castigo no es la última palabra de Dios. Los últimos versículos (vv. 22-23, que son una versión resumida de Esdras 1,1-4) apuntan en el sentido de la esperanza y de una vuelta a comenzar. Por detrás de la referencia a la liberación operada por Ciro y al edicto que autoriza a los habitantes de Judá a regresar a su tierra, está la idea de un Dios que no abandona a su Pueblo y que continúa dándole, en cada momento de la historia, la posibilidad de volver a comenzar de nuevo.

1.3 Actualización

■ La teología de la retribución presentada por el Cronista (la fidelidad a Dios es recompensada con vida y bendición; la infidelidad es castigada con sufrimiento y desgracia) tiene, evidentemente, sus limitaciones y sus peligros. Llevada a sus últimas consecuencias, puede sugerir que Dios es solamente un comerciante preocupado por hacer la contabilidad de los debe y haber del hombre, incapaz de amor y de misericordia. El Evangelio de este Domingo vendrá, precisamente, a demostrar los límites de esta perspectiva y presentará a un Dios que, aunque abomina el pecado, ama al hombre más allá de toda medida y está siempre dispuesto a ofrecerle la vida y la salvación.

■ Aunque usando elementos teológicos y formas de expresión típicas de su época, el Cronista nos recuerda, sin embargo, algo que es incuestionable: cuando el hombre prescinde de Dios y escoge caminos de egoísmo y de autosuficiencia, está construyendo un futuro marcado por horizontes de dolor y de muerte. En verdad, nuestra experiencia de todos los días muestra cómo la indiferencia del hombre frente a Dios y a sus propuestas genera violencia, opresión, explotación, exclusión, sufrimiento. En la lectura que el Cronista hace de la historia de su Pueblo, hay una invitación clara a escuchar a Dios y a guiar las opciones que hacemos a través de las propuestas de Dios.

■ La perspectiva de que la liberación de la cautividad es comandada por Dios y de que Dios ofrece a su Pueblo la oportunidad de un nuevo comienzo, apunta en el sentido de la esperanza. Y es ésta: el Dios que se nos propone es un Dios que abomina el pecado, pero que da siempre a sus hijos la oportunidad de volver a comenzar, de rehacer todo, de reconstruir el camino de la esperanza y de la vida nueva. En este tiempo de Cuaresma, este texto nos abre horizontes de esperanza y nos invita a embarcarnos en la apasionante aventura de la vida nueva.

Salmo 136 *Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.*

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras.

Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar, nuestros opresores, a divertirlos: «Cantadnos un cantar de Sión».

¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha.

Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías.

2. Segunda lectura: Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 2, 4-10

Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó: estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo -por pura gracia estáis salvados- nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él. Así muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe. Y no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios; y tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que él determinó practicásemos.

2.1 Ambientación

La ciudad de Éfeso estaba situada en la costa occidental de Asia Menor. Era una ciudad grande y próspera, capital de la Provincia Romana de Asia. Su puerto de mar unía el interior de Asia Menor con todas las ciudades del Mediterráneo.

Cuando Pablo llegó a Éfeso (cf. Hch 19,1), durante su tercer viaje misionero, encontró a algunos cristianos escasamente preparados. Pablo les instruyó y formó con ellos una comunidad cristiana. De acuerdo con el Libro de los Hechos de los Apóstoles, Pablo permaneció en la ciudad durante un largo período (más de dos años, según Hch 19;10), enseñando en la sinagoga y, después, en la “escuela de Tirano” (Hch 19,9). Así, reunió a su alrededor un número considerable de personas convertidas al “Camino” (Hch 19,9.23). También de acuerdo con Lucas, fue a los ancianos de la Iglesia de Éfeso a los que Pablo confió, en Mileto (cf. Hch 20,17-38), su testamento espiritual, apostólico y pastoral, antes de ir a Jerusalén, donde acabaría siendo apresado. Todo esto hace suponer una relación muy estrecha entre Pablo y la comunidad cristiana de Éfeso. Curiosamente, la carta a los Efesios es bastante impersonal y no refleja esa relación. Algunos de los comentaristas de los textos paulinos dudan, por eso, de que la carta sea de Pablo. Otros, sin embargo, creen que el texto que ha llegado hasta nosotros con el nombre de “Carta a los Efesios” es uno de los ejemplares de una “carta circular” enviada a varias iglesias de Asia Menor, incluida la comunidad cristiana de Éfeso.

En cualquier caso, la Carta a los Efesios se presenta como una carta escrita por Pablo, en un momento en el que el apóstol está en prisión (¿en Roma?). Su portador habría sido un tal Tíquico. Nos encontramos alrededor de los años 58/60. Se trata de un texto con una gran riqueza temática, de una reflexión madurada y completa donde el autor presenta una especie de síntesis de la teología paulina.

El texto que se nos propone, integra la parte dogmática de la carta (cf. Ef 1,3-3,21). Y más concretamente, el texto nos presenta una reflexión sobre el papel de Cristo en la salvación del hombre. El punto de partida del autor de la Carta a los Efesios es la constatación de la situación de pecado en la que el hombre vive y de la cual, por sí solo, no puede salir. ¿El hombre estará, por tanto, condenado a la esclavitud del pecado y de la muerte?

2.2 Mensaje

Dios es rico en misericordia y ama al hombre con un amor inmenso. Por eso, a la situación pecadora del hombre, Dios responde con su gracia (v. 4). El amor salvador y liberador de Dios no es un amor con condiciones, que sólo se derrama sobre el hombre si el hombre se convierte; sino que es un amor incondicional, que alcanza al hombre incluso cuando sigue andando por caminos de pecado y de muerte (v. 5).

A ese hombre orgulloso y autosuficiente, instalado en el egoísmo y en el pecado, Dios le ofrece una nueva vida, resucitándolo y sentándolo con Cristo en el cielo (“nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él”, v. 6). Repárese en este detalle: el autor de la Carta a los Efesios no se refiere a la resurrección del hombre y a su glorificación como una cosa futura, sino como algo pasado (usa el tiempo griego aoristo, que tienen significación de pasado). Esa acción pasada afecta al presente y tiene implicaciones en el presente... Unido a Cristo, el cristiano ya ha resucitado y ya ha sido glorificado; continúa viviendo en la tierra, sujeto a la finitud y a las limitaciones de la vida presente pero es ya, aquí y

ahora, un ciudadano del cielo. En verdad, Dios ya ha introducido en la débil y frágil naturaleza humana los dinamismos de la vida eterna. A pesar de sus limitaciones y de su debilidad, el cristiano tiene que testimoniar y anunciar esa vida nueva que Dios ya le ha ofrecido en esta tierra.

En toda esta exposición hay un elemento incuestionable y al cual el autor de la Carta a los Efesios da una gran importancia: la gratuidad de la acción salvadora de Dios. La salvación no es una conquista del hombre, ni es el resultado de las obras o de los méritos del hombre, sino que es un puro don de Dios. Por tanto, no hay aquí lugar para ningún sentimiento de orgullo ni para ninguna actitud de vanagloria. La salvación es una oferta gratuita que Dios hace al hombre, aunque el hombre no la merezca (v. 9). De la oferta de salvación que Dios hace al hombre, nace el hombre nuevo, que practica las buenas obras. La buenas obras no son la condición para recibir la salvación, sino el resultado de la acción de esa gracia que Dios, en su amor y en su bondad, derrama gratuitamente sobre el hombre (v. 10).

2.3 Actualización

■ La vida del hombre sobre la tierra está marcada por la debilidad, por la finitud, por las limitaciones inherentes a nuestra condición humana. La enfermedad, el sufrimiento, el egoísmo, el pecado son realidades que acompañan nuestra existencia, que nos mantienen prisioneros y que nos roban la esperanza. Parece que, por nosotros mismos, nunca conseguiremos superar nuestras limitaciones y alcanzar esa realidad de vida plena, de felicidad total con la que permanentemente soñamos. Por eso, ciertos filósofos contemporáneos se refieren a la futilidad de la existencia, a la náusea que acompaña la vida del hombre, a la inutilidad de la búsqueda de la felicidad, al fracaso que es la vida condenada a la muerte... Este cuadro sería desesperante si no existiera el amor de Dios. Es precisamente eso lo que el autor de la Carta a los Efesios nos recuerda: Dios nos ama con un amor total, incondicional, desmedido; y es ese amor el que nos levanta de nuestra condición, que nos hace superar nuestros límites, que nos ofrece ese mundo nuevo de vida plena y de felicidad sin fin a la que aspiramos. No somos pobres criaturas derrotadas, condenadas al fracaso, limitadas por un horizonte sin sentido, sino que somos hijos amados a quienes Dios ofrece la vida plena, la salvación.

■ En verdad, Dios introdujo en nuestra realidad humana dinamismos de superación y de vida nueva que apuntan hacia el hombre nuevo, libre de limitaciones, de debilidad y de fragilidad. Aquellos hombres y mujeres que acojan el don de Dios, están llamados a dar testimonio de un mundo nuevo, libre de sufrimiento, de injusticia, de egoísmo, de pecado. Por eso, los creyentes tienen que anunciar y construir un mundo más justo, más fraterno, más humano. Ellos son testigos, en esta tierra, de una realidad nueva de felicidad sin fin y de vida eterna.

■ Muchas veces, la vida nueva de Dios se manifiesta en nuestras palabras, en nuestras acciones de compartir y de servicio, en nuestras actitudes de tolerancia y de perdón y somos signos de esperanza y de liberación para los hermanos que nos rodean. Conviene, sin embargo, no olvidar este hecho esencial: el mérito no es nuestro, sino de Dios. Es Dios quien actúa en el mundo, quien los transforma, quien lo recrea; nosotros somos solamente los instrumentos frágiles a través de los cuales Dios manifiesta al mundo y a los hombres su amor.

3. Evangelio: Lectura del santo Evangelio según San Juan 3, 14-21.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

3.1 Ambientación

Nuestro texto pertenece a la sección introductoria del Cuarto Evangelio (cf. Jn 1,19-3,36). En esa sección, el autor presenta a Jesús y procura decir quién es Jesús, a través de las intervenciones de los diversos personajes que van sucesivamente ocupando el centro del escenario y declamando su texto. Pero,

concretamente, el texto que se nos propone forma parte de la conversación entre Jesús y un “jefe de los judíos” llamado Nicodemo (cf. Jn 3,1). Nicodemo fue a visitar a Jesús “de noche” (cf. Jn 3,2), lo que parece indicar que no quería comprometer y arriesgar la posición destacada de la que gozaba en la estructura religiosa judía. Miembro del Sanedrín, Nicodemo aparecerá, más tarde, defendiendo a Jesús, delante de los jefes de los fariseos (cf. Jn 7,48-52). También estará presente en el momento en que Jesús fue bajado de la cruz y colocado en el sepulcro (cf. Jn 19,39).

La conversación entre Jesús y Nicodemo presenta tres momentos o fases. En la primera (cf. Jn 3,1-3), Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús, gracias a sus obras; pero Jesús manifiesta que eso no es suficiente: lo esencial es reconocer a Jesús como el enviado del Padre.

En la segunda (cf. Jn 3,4-8), Jesús anuncia a Nicodemo que, para entender su propuesta, es necesario “nacer de Dios” y le explica que ese nuevo nacimiento es el nacimiento “del agua y del Espíritu”.

En la tercera (cf. Jn 3,9-21), Jesús describe a Nicodemo el proyecto de salvación de Dios: es una iniciativa del Padre, hecha presente en el mundo y en la vida de los hombres a través del Hijo y que se realiza por la cruz / exaltación de Jesús. Nuestro texto pertenece a esta tercera parte.

3.2 Mensaje

En el texto que se nos propone, Jesús comienza por explicar a Nicodemo que el mesías tiene que “ser elevado”, “lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto” (la referencia evoca el episodio de la marcha por el desierto cuando los hebreos, mordidos por las serpientes, miraban una serpiente de bronce levantada en un estandarte por Moisés y se curaban, cf. Nm 21,8-9). La imagen de la “elevación” de Jesús se refiere, naturalmente, a la cruz, paso necesario para llegar a la exaltación, a la vida definitiva. Es ahí donde Jesús manifiesta su amor y muestra a los hombres el camino que ellos deben recorrer para alcanzar la salvación, la vida plena (v. 14).

A los hombres se les sugiere que crean en el “Hijo del Hombre” alzado en la cruz, para que no perezcan y tenga la vida eterna. “Crear” en el “Hijo del Hombre”, significa unirse a él y a su propuesta de vida; significa aprender la lección de amor y hacer, como Jesús, donación total de la propia vida a Dios y a los hermanos (v. 15). Esa es la forma como se llega a la “vida eterna”.

Después de estas afirmaciones generales, el autor del Cuarto Evangelio va a entrar en afirmaciones más detalladas. ¿Qué significa, exactamente, la cruz de Jesús? ¿Cómo es que la cruz genera vida definitiva para el hombre?

Jesús, el “Hijo único” enviado por el Padre al encuentro de los hombres para traerles la vida definitiva, es el gran don de amor de Dios a la humanidad. La expresión “Hijo único” evoca, probablemente, el “sacrificio de Isaac” (cf. Gn 22,16): Dios se comporta como Abraham, que fue capaz de desprenderse de su propio hijo por amor (en el caso de Abraham, amor a Dios; en el caso de Dios, amor a los hombres)... Jesús, el “Hijo único” de Dios, vino al mundo para cumplir los planes del Padre en favor de los hombres. Para eso, se encarnó en nuestra historia humana, corrió el riesgo de asumir nuestra fragilidad, compartió nuestra humanidad; y, como consecuencia de una vida gastada luchando contra las fuerzas de las tinieblas y de la muerte que esclavizan a los hombres, fue apresado, torturado y muerto en una cruz. La cruz es el último acto de una vida vivida en amor, en donación, en entrega. La cruz es, por tanto, la expresión suprema del amor de Dios por los hombres. Ella nos da la dimensión inconmensurable del amor de Dios por la humanidad a la que él ofrece la salvación (v. 16).

¿Cuál es el objetivo de Dios al enviar a su Hijo único al encuentro de los hombres? Es liberarlos del egoísmo, de la esclavitud, de la alienación, de la muerte, y darles la vida eterna. Con Jesús, el “Hijo único” que murió en la cruz, los hombres aprenden que la vida definitiva está en la obediencia a los planes del Padre y en la donación de la vida a los hermanos, por amor.

Al enviar al mundo a su “Hijo único”, Dios no tenía una intención negativa, sino una intención positiva. El mesías no vino con una misión judicial, ni vino a excluir a nadie de la salvación. Por el contrario, él vino a ofrecer a los hombres, a todos los hombres, la vida definitiva, enseñándoles a amar sin medida y dándoles el Espíritu que los transforma en Hombres Nuevos (v. 17).

Reparemos en este hecho notable: Dios no envió a su Hijo único al encuentro de hombres perfectos y santos; sino que envió a su Hijo único al encuentro de hombres pecadores, egoístas, autosuficientes, a fin de presentarles una nueva propuesta de vida... Y fue el amor de Jesús, gracias al

Espíritu que Jesús envió, como transformó a esos hombres egoístas, orgullosos, autosuficientes y los insertó en una dinámica de vida, nueva y plena.

Ante esta oferta de salvación que Dios hace, el hombre tiene que elegir. Cuando el hombre acepta la propuesta de Jesús y se adhiere a él, escoge la vida definitiva; pero cuando el hombre prefiere continuar esclavo de esquemas de egoísmo y de autosuficiencia, rechaza la propuesta de Dios y se auto excluye de la salvación. La salvación o la condenación no son, en esta perspectiva, un premio o un castigo que Dios da al hombre por su buen o mal comportamiento; sino que son el resultado de la elección libre del hombre, que responde a la oferta incondicional de salvación que Dios le da. La responsabilidad por la vida definitiva o por la muerte eterna no recae, así, sobre Dios, sino sobre el hombre (v. 18). De acuerdo con la perspectiva de Juan, tampoco existe un juicio futuro, al final de los tiempos, en el que Dios pesa en una balanza los pecados de los hombres, para ver si se han de salvar o condenar: el juicio se realiza aquí y ahora y depende de la actitud que el hombre asume ante la propuesta de Jesús. En la parte final de nuestro texto (vv. 19-21), Juan repite el tema de la opción por la vida (Jesús) o por la muerte. Constata que, a veces, los hombres rechazan la propuesta de Dios y prefieren la esclavitud y las tinieblas (el egoísmo, la injusticia, el orgullo, la autosuficiencia, todo lo que hace al hombre infeliz y le impide el acceso a la vida definitiva). Al contrario, quien practica las obras del amor (las obras de Jesús), escoge la luz, se identifica con Dios y da testimonio de Dios en medio del mundo.

En resumen: porque amaba a la humanidad, Dios envió a su Hijo único al mundo con una propuesta de salvación. Esa oferta nunca ha sido retirada; continúa abierta y a la espera de respuesta. Ante la oferta de Dios, el hombre puede escoger la vida eterna o puede excluirse de la salvación.

3.3 Actualización

■ Juan es el evangelista inmerso en la contemplación del amor de un Dios que no dudó en enviar al mundo a su Hijo, su único Hijo, para presentar a los hombres una propuesta de felicidad plena, de vida definitiva; y Jesús, el Hijo, cumpliendo el mandato del Padre, hace de su vida un don, hasta la muerte en cruz, para mostrar a los hombres el “camino” de la vida eterna. El Evangelio de este Domingo nos invita a contemplar, con Juan, esta increíble historia de amor y a admirarnos por el peso que nosotros, seres limitados y finitos, pequeños granos de polvo en la inmensidad de las galaxias, adquirimos en los esquemas, en los proyectos, en el corazón de Dios.

■ El amor de Dios se traduce en una oferta de vida plena y definitiva para el hombre. Es una oferta gratuita, incondicional, absoluta, válida para siempre y que no discrimina a nadie. A los hombres, dotados de libertad y de capacidad para elegir, les compete decidir si aceptan o rechazan el don de Dios. A veces, los hombres acusan a Dios por las guerras, por las injusticias, por las arbitrariedades que traen sufrimiento y muerte que pintan las paredes del mundo con el color de la desesperación... Nuestro texto, con todo, es claro: Dios ama al hombre y le ofrece la vida. El sufrimiento y la muerte no vienen de Dios, sino que son el resultado de las elecciones equivocadas que hacen los hombres que se obstinan en la autosuficiencia y que precinden de los dones de Dios.

■ En este texto, Juan define claramente el camino que todo hombre debe seguir para llegar a la vida eterna: se trata de “creer” en Jesús. “Creer” en Jesús, no es una mera adhesión intelectual o teórica a ciertas verdades de la fe; sino que es escuchar a Jesús, acoger su mensaje y sus valores, seguirlo en ese camino de amor y de entrega al Padre y a los hermanos. Pasa por ser capaz de superar la indiferencia, la comodidad, los proyectos personales y por el empeño en hacer realidad, en el día a día, las llamadas y los desafíos de Dios; pasa por despojarse del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia, de los prejuicios, para realizar gestos concretos de entrega, de servicio que traigan alegría, vida y esperanza a los hermanos que caminan codo con codo con nosotros. En este tiempo de camino hacia la Pascua, estamos invitados a convertirnos a Jesús y a recorrer el mismo sendero de amor total que él recorrió.

■ Algunos cristianos viven obcecados y asustados con ese momento final en el que Dios va a juzgar al hombre, después de pesar en la balanza sus acciones buenas y malas... Juan nos garantiza que Dios no es un contable, que contabiliza los débitos y los créditos del hombre para que los pague... El cristiano no vive en el miedo, pues sabe que Dios es ese Padre lleno de amor que ofrece a todos sus hijos la vida eterna. No es Dios quien nos condena; somos nosotros los que escogemos entre la vida eterna que Dios nos ofrece o la eterna infelicidad.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL TERCER DOMINGO DE CUARESMA

1. LA LITURGIA MEDITADA A LO LARGO DE LA SEMANA

A lo largo de los días de la semana anterior este día, intentad meditar la Palabra de Dios de este Tercer Domingo de Cuaresma. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. PALABRA DE VIDA

Después de su salida de Egipto, el pueblo de Dios sabe que su Dios es un Dios libertador. Toda la historia del pueblo elegido es la historia de una alianza entre un libertador y un pueblo liberado. Y Jesús viene al mundo no para juzgar sino para salvar. Dios toma entonces, siempre, la iniciativa del encuentro, pero el hombre tiene que hacer su trabajo... Antaño, para conocer el país donde manaba leche y miel, fue necesario que los hebreos dejasen Egipto, tierra de esclavitud, y atravesasen el mar Rojo, después el desierto, lugar de prueba. Para ser salvados de la mordedura e la serpiente venenosa, fue necesario que elevasen los ojos hacia la serpiente de bronce. Jesús será también elevado, y los hombres serán invitados a levantar los ojos para mirarle, escucharle, seguir su ejemplo, acoger su paz y su vida.

3. A LA ESCUCHA DE LA PALABRA

El gran amor de Dios por nosotros.

¡Extraña palabra de Jesús la que se refiere a una también extraña historia de una serpiente de bronce elevada por Moisés en el desierto! Las serpientes mordían a los Hebreos en su travesía por el desierto. Entonces, Dios ordena a Moisés que fabrique una serpiente de bronce. Mirándola, los Hebreos eran salvados de la muerte. ¡Un remedio en cierto modo homeopático! Pero Jesús nos dice que “mi muerte se va a convertir en remedio que os salvará de la muerte” ¿Cómo? Porque el Padre puso en Jesús la plenitud de su amor: “Dios amó de tal modo al mundo que le dio a su único Hijo”. Entonces, cuando Jesús entró en la muerte que los hombres vaciaron de cualquier signo de amor, la muerte en cruz, Él penetra así ésta plenitud del amor. Él llena el vacío de la muerte con este amor infinito. Ya no hay más vacío, la muerte explosiona en la Resurrección. Únicamente Dios, porque es Amor, era capaz de realizar esta admirable alquimia, mucho más extraordinaria que la de la serpiente de bronce en el desierto: hacer de la muerte más atroz el lugar donde se iba a manifestar el poder de su amor. Eso continua siendo verdad hoy. Él es capaz de poner en lo más profundo de todas la muertes, incluso en las más atroces, la presencia de su amor. Nosotros lo vemos todavía, tal como los discípulos, que sólo veían un cadáver colgado en la cruz. Pero, gracias a este inmenso amor de Dios por nosotros, todas nuestras muertes estallarán en vida eterna.

4. PARA LA SEMANA SIGUIENTE

¿Somos dignos de la misión, de la confianza que Jesús pone en nosotros?

Eso no es tan difícil, en realidad. Bastan, muchas veces, pequeñas cosas. Comportarse a la manera de Jesús junto a cada uno de estos pequeños que son sus hermanos: a través de una palabra de acogida, un servicio prestado, un poco de ayuda, un gesto de compartir, un momento de escucha... Empezar también, desde nuestra responsabilidad, actitudes para cambiar lo que puede ser cambiado, para que halla menos injusticia y exclusión. Deberíamos preparar la Pascua con los más olvidados...

Sacerdotes del Corazón de Jesús (Padres Reparadores)

www.scj.es